



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 219– 21 de febrero de 2017

## En este número

### Te ofrecemos

1. De ortografía y sintaxis, *Emilio Álvarez Frías*
2. Las huelgas: uso y abuso, *Ricardo Martínez Cañas*
3. «José Antonio, la forja del mito», *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
4. Ideas de bombero, *Manuel Parra Celaya*
5. La nueva era, *José María Carrascal*
6. Experimentos criminales, *Hermann Tertsch*
7. ¿Pervive, todavía, una mentalidad de derechas?, *Fernando José Vaquero Oroquieta*

## De la ortografía y la sintaxis

### Emilio Álvarez Frías

**E**l caso de las faltas de ortografía de un examinando a bombero de Burgos que con deleite comenta nuestro colaborador Manuel Parra más adelante en esta misma *Gaceta*, nos impulsa a hablar un poco del tema para descansar de otros comentarios más agrios respecto a los hechos que ocurren en España por mor de los políticos. No viene mal hablar del lenguaje y comportamiento de dichos políticos en los foros a los que acuden, en los medios de comunicación o en el Parlamento. Los hay que son unos auténticos mostrencos, que revientan no pocas veces el diccionario, que da la sensación de que no llegaron a la conjugación de los verbos en sus elementales estudios, aprendieron poco si se licenciaron en alguna carrera universitaria, y que apenas saben algo de esa cosa que es la sintaxis del idioma utilizado normalmente en España, el español, que es el oficial. Si vamos a comentar algo de ortografía, la cosa pasa a mayores, pues se lee cada burrada escrita en twitter, y no digamos en whatsapp, por hablar de los medios habituales de hoy día para comunicarse, e incluso en textos más normales, que tiembla el misterio.

Al aspirante a bombero le suspendieron por su o sus faltas de ortografía aunque no se requiriera un perfecto conocimiento del lenguaje y la gramática para ejercer el oficio de tan considerable riesgo y digno de todo agradecimiento por el servicio que presta a la comunidad; también a una hija mía, en un examen de francés, hace muchos años, cuando los alumnos de colegios particulares tenían que examinarse en los Institutos, la suspendieron en dicha asignatura por una falta de ortografía puesta en el texto en español que la habían dictado para ser traducido al idioma galo. Mi indignación fue grande, el director del colegio trató de justificar como un error esa falta de ortografía en un idioma sobre el que no se examinaba, pero no hubo forma: pasó a septiembre la posibilidad de aprobar el francés. A pesar de mi indignación tuve que reconocer que el catedrático del Instituto (entonces eran catedráticos) tenía razón.

Ahora, en escuelas e institutos, eso de las faltas de ortografía no tiene importancia. Quizá por ser seguidores de Gabriel García Márquez, quien, en unas declaraciones al diario *La Jornada*, de



Méjico, dijera el 8 de abril de 1997: «Además, mi ortografía me la corrigen los correctores de pruebas. Si fuera un hombre de mala fe diría que ésta es una demostración más de que la gramática no sirve para nada». Para continuar más adelante: «Por eso dije y repito que debería jubilarse la ortografía. Me refiero, por supuesto, a la ortografía vigente, como una consecuencia inmediata de la humanización general de la gramática». Sin duda este escritor, que para mí nunca fue de los que se leen con fruición, hoy estaría en las filas podemita y plantearía como un progreso la supresión de la RAE y que cada quién escribiera como le viniera en gana.

Uno, aunque yerre muchas veces, considera de una de las base de la cultura de un país está en el idioma, en su perfección, y por ende, que debería ser fundamental que en la enseñanza se cuidase con esmero en vez de tratarlo como materia aburrida.

Para pedir penar a todos aquellos que atentan contra el diccionario y la gramática, salgo hoy a la calle, en manifestación unipersonal, acompañado de un botijo preciosista de Andújar, Jaén, donde se aprecia el buen hacer del alfarero sin ausencia de imaginación artística. Vamos como una frase bien construida y sin faltas de ortografía.

## La huelga: uso y abuso

Ricardo Martínez Cañas

**E**n la parte dogmática de la Constitución española de 1978 (artículo 7) se afirma que «Los sindicatos de trabajadores y las asociaciones empresariales contribuyen a la defensa y promoción de los intereses económicos y sociales que les son propios». Por otra parte, en el artículo 28.1 se propicia su acción colectiva haciendo constar que «Todos tienen derecho a sindicarse libremente» (salvo las limitaciones que se establezcan para fuerzas armadas o afines y para los funcionarios públicos); y, finalmente, en el artículo 28. 2, «Se reconoce el derecho a la huelga de los trabajadores para la defensa de sus intereses». Si bien aquí se añade: «La ley que regule el ejercicio de este derecho establecerá las garantías precisas para asegurar el mantenimiento de los servicios esenciales de la comunidad».

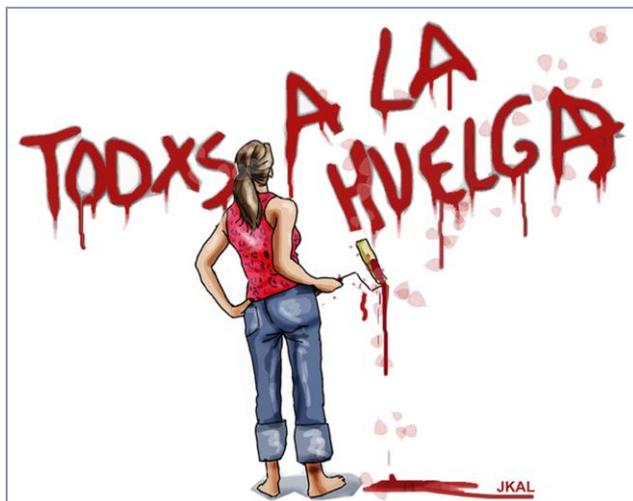
Tenemos, pues, que, al parecer con la idea de que la unión hace la fuerza, este derecho a la sindicación y a la huelga se reconoce y establece para que el trabajador no se halle inerte ante los posibles abusos del empresario; pero, por contra, en evitación de posibles abusos de estos colectivos de *trabajadores*, se restringe su derecho a la huelga con varias condiciones: sólo se autoriza su aplicación a *los trabajadores* «para la defensa de sus intereses», y este derecho queda siempre sometido a las garantías que se establezcan para asegurar la cobertura de los, un tanto difusos e indefinidos, *servicios esenciales de la comunidad*.



Esta indefinición hace precisa, en cada caso, una conflictiva fijación de dichos servicios, cuya cuantía y *esencialidad* para la vida social resulta siempre cuestionable. Es muy distinta, por

ejemplo, la repercusión y trastornos producidos por una huelga de trabajadores de empresas de la construcción que la producida en las de trabajadores sanitarios, ferroviarios, pilotos, controladores de vuelo, estibadores, etc., que realicen servicios cotidianos para la salud, traslado y transporte, comunicación o abastecimiento de la comunidad. La huelga de alguno de estos colectivos, aunque se haga por reivindicaciones justas, puede llegar a sentirse como un chantaje más o menos aterrador, pues la fuerza con que exigen lo que reivindican no radica tanto en la razón como en su amenaza de grave perjuicio y sufrimientos para quienes no tienen nada que ver con su conflicto.

La huelga puede hacerse por muy diversos motivos. Incluso para lograr o mantener diversos privilegios, con monopolios, endogamias, etc. Si se observa quiénes practican la huelga se advierte que no siempre se trata de si se cobra poco o mucho por su trabajo, sino que pueden ser trabajadores con sueldos muy altos que se consideran mal pagados porque estiman que la especial preparación, o esfuerzo, o riesgo, que conlleva su función lo vale, o, sencillamente, porque se sienten con fuerza para exigirlo. Como decía aquella canción popular de mediados del pasado siglo XX, *Todos queremos más,...* Si ante una huelga nos preguntan qué reivindican o



quieren aquellos trabajadores podemos responder, sin miedo a equivocarnos, que *quieren más*. Puede ser más sueldo, más vacaciones, más participación en las decisiones o beneficios de su empresa o más equidad o justicia, pero *más*.

En todo caso, una vez fijados los *servicios mínimos* y autorizada la huelga, es demasiado frecuente que, con el afán de ganarla, sus condiciones se violen por quienes la organizan, pues una vez cubiertos dichos *servicios mínimos* tienden a impedir que se rebasen cuando quienes no apoyan la huelga quieren prestarlos. Es decir, tienden a identificar mínimos y máximos, negando e impidiendo a otros el «derecho al Trabajo», que junto con «el deber

de trabajar» consagra el artículo 35.1 de la Constitución para *todos los españoles*.

Esto se hace posible porque a la idea de huelga se asocia la de manifestación en apoyo del mismo bien que se reivindica. Y ocurre que la autorización de la huelga parece confundirse a veces con una autorización para cometer actos delictivos, según muestran esos *piquetes informativos* que los protagonizan y quienes, en detrimento de la Ley y de otros, apoyan o permiten su impunidad.

La actividad sindical y la huelga se desarrolla dentro del conjunto social. De ahí que su limitación a la defensa y promoción de *los intereses económicos y sociales que son propios de los trabajadores*, citada al comienzo, resulta un tanto ambigua. ¿Dónde terminan esos intereses?; y ¿dónde su defensa? Es evidente que los sindicatos no actúan propiamente en el ámbito *político*, ya que carecen de competencia para legislar y ejecutar las leyes. Pero también lo es su habitual presión sobre el Legislativo, Ejecutivo, y hasta sobre el Judicial, para orientar la acción *política* en favor de sus *intereses*. La permeabilidad entre uno y otro ámbitos se hace evidente en los *pactos sociales* y en los arbitrajes y laudos que constantemente se producen. A la vista está el actual aplazamiento gubernamental de la reforma en la contratación de los estibadores (exigida por la Comunidad Europea), junto a otras mediaciones políticas, para evitar su anunciada, y ahora desconvocada, huelga. Y es que, aunque cada cual tiene la soberanía y última palabra en su ámbito, a todos conviene hacer lo posible para lograr entre capital y trabajo una equilibrada y justa moderación que, en bien de la comunidad, mantenga viva su respectiva *gallina de los huevos de oro*.

# «José Antonio, la forja del mito»

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**H**ace tiempo escribí que del político español de la II República, del que más habían escrito, era, sin duda alguna, José Antonio Primo de Rivera fundador de Falange. En un par de artículos anteriores me referí a la crítica que sobre el último libro que escribió Joan Maria Thomàs, publicó el historiador y periodista, Salvador Roca. El periódico que recogió la crítica fue, como recordará el lector, el diario *La Razón* que le dedico tres páginas. Ahora le toca el turno a la crítica que, días después, aparece en el diario *El País*, el pasado día 13, escrita por el contumaz Enrique Moradiellos, de quien ya había leído algún libro, y que comentaré más adelante. Recuerdo que en 1989 publicó en la revista *El Basilisco* que dirigía Gustavo Bueno, un artículo titulado *La formación de la clase obrera de las minas de Asturias*.

El obstinado Moradiellos en su crítica plausible al libro de Thomàs no desaprovecha ocasión de presentarnos a José Antonio como «primer jefe de Falange Española, el partido fascista fundado en octubre de 1933 con el objetivo de acabar por la fuerza con la odiosa democracia republicana». Bueno, el bolero de Moradiellos en ningún momento, como siempre hacen este tipo de historiadores, llega a demostrar nada, porque nada hay de lo que temerariamente escribe. Pero sí pasa por alto que quién de verdad quiso acabar por la fuerza con lo que él llama «odiosa democracia republicana» fueron los socialistas con su Revolución de Octubre de 1934, donde se dedicaron a asesinar a gente inocente y destruir, por ejemplo, la Universidad de Oviedo, la Cámara Santa, etc. Y eso que Moradiellos nació en Oviedo y está más que obligado a conocer lo que pasó en su ciudad durante los días que duró aquel intento de golpe de Estado.

Todo lo demás que escribe sobre José Antonio lo lleva en su mente retorcida. No pierde ocasión de escribir que para él el fundador de Falange fue solamente un fascista. Y si no veamos lo que anota, por ejemplo, en su libro *Reñidero de Europa*, publicado en 2001 (página 41): «El pequeño partido fascista español fundado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, hijo de ex dictador». En 2004 publica *1936. Los mitos de la guerra civil*, donde casi repite las mismas palabras, (página 54): «Todavía menos impacto tendría la actuación violenta de Falange Española, el pequeño partido fascista fundado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador».

Lunes 13 de febrero de 2007

CULTURA



Rituales de la memoria

Entre las páginas más logradas de José Antonio: realidad y mito se encuentran el análisis que Joan María Thomàs realiza en este libro a su memoria, unificada hasta el extremo de hacer por su comparación recurrente con la pasión de Cristo ambos sacrificados por una causa trascendente: ambos líderes por seguidores que juran seguir sus enseñanzas.

El culto empezó con su exhumación en Alicante y el traslado de su cadáver a hombros de 16 falangistas durante diez jornadas invernales de noviembre de 1939...

La procesión fúnebra fue seguida multitudinariamente por miles de seguidores que día a día iban multitudinariamente a la comitiva hasta el cementerio de San Isidro, donde se celebró el funeral. Los restos fueron trasladados a Madrid el 13 de febrero de 1950, tras la deposición y muerte...

En el primer caso, de manera sorprendente, Thomàs menciona los conceptos de una «democracia» y «partido» que debe de haber sido clásicos tomanos.

José Antonio Primo de Rivera, en el segundo congreso de Falange, celebrado en Madrid en julio de 1935. (Cortina/AGF/RET)

### José Antonio, la forja del mito y las claves del culto a la personalidad

Joan María Thomàs desnuda en una exhaustiva biografía la vida y el tiempo del fundador de Falange y su formulación de un fascismo teñido de cristianismo

ENRIQUE MORADIELLOS demócrata, también cristiano con una tradición y un legado repletos de historia y cultura a lo largo de los siglos. Y en sus obras, como el libro de sus obras (1986), «Jules y...

su labor perturbada por su exilio y su exilio, como el libro de sus obras (1986), «Jules y...

padre que será el primer dictador de España del siglo XX capital. Un segundo que cuando la trayectoria de su padre que desde 1930, tras la deposición y muerte...

En su crítica al libro de Thyomàs no cesa de escribir todas las majaderías que se le van ocurriendo. Por ejemplo: «...ese político conocido como José Antonio a secas por su voluntad consciente de evitar el llamativo apellido para diferenciarse de su padre...». Todo mentira. José Antonio siempre firmó con su apellido. Y si lo que pretende decir es que una gran mayoría de personas se referían a él sólo por el nombre, José Antonio está exento de toda culpa. Más adelante vuelve a repetir lo que parece su obsesión: «...sobre todo italianos, dada la fascinación de José Antonio por Mussolini y su régimen fascista...». Sin salirse del guión, que desde un principio se marcó, dice que entre las páginas más logradas del libro de Thomàs se encuentra el análisis que realiza del culto estatal a su memoria, unificada hasta extremos de herejía por su comparación recurrente «con la pasión de Cristo ambos muertos a los 33 años...». Nada cuenta sobre dónde pudo haber leído semejante desatino. Jamás he visto publicado lo que nos dice Moradiellos que para él es lo más logrado del libro de Thomàs. Sigue copiando a éste y añade que «el culto empezó con su exhumación en Alicante y el traslado de su cadáver, a hombros de 16 falangistas durante diez jornadas invernales de noviembre de 1939...». Se conoce que ni el uno ni el otro han tenido en sus manos el libro de Samuel Ros y

Antonio Bputhelier donde podrían haber leído los cientos de nombres que sobre sus hombros llevaron el cadáver de José Antonio desde Alicante hasta el Escorial un día frío y desapacible del mes de noviembre de 1939.

A Enrique Moradiellos le hacen una entrevista el 12 de septiembre de 2004 en el diario que perteneció a Falange Española, *La Nueva España*. El periodista, que había leído poco de aquellos años convulsos de la II República, le pregunta: «¿Fue la revolución de octubre de 1934 el prólogo de la guerra civil, como ha asegurado la historiografía franquista?» A lo que Moradiellos, después de unas palabras de lo que representó aquel octubre de 1934, termina respondiendo: «Pero no, no puede considerarse la insurrección de octubre con el prólogo de la guerra civil. Fue sin más, una huelga general revolucionaria...». Bien, parece que el entrevistador y el entrevistado nunca han leído lo que dijeron algunas personas que nada tenían de franquistas. Uno porque hace mal la pregunta y el otro porque no le corrige.

Gustavo Bueno, en *El Catoblepas*, escribió: «¿Cómo pueden olvidar en España las corrientes de izquierda que la Revolución de Octubre del 34 equivalía al principio de una guerra civil preventiva». Salvador de Madariaga en su libro *España*: «Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936». A modo de prólogo al libro de José Tarín-Iglesias, *La rebelión de la Generalidad*, Claudio Sánchez-Albornoz escribió que «la revolución de Asturias y el movimiento de Barcelona dieron una estocada a la República que acabó a la postre con ella». En otro momento, en *Mi testamento histórico-político*, añadió: «La revolución de octubre, lo he dicho y lo he escrito muchas veces, acabó con la República». Y todavía declaró en *La Nueva España*, el 22 de mayo de 1975: «La revolución de Asturias mató a la República». En este mismo periódico, el 6 de junio de 1996, Julián Marías vio la Revolución de Octubre como algo desastroso que sirvió para cargarse la República: «La República murió entonces. Fue la negación de la democracia, el no aceptar el resultado de unas elecciones limpiísimas». El último presidente de la República en el exilio, José Maldonado, declaró al periódico *La Voz de Asturias*, 5 de octubre de 1984, que la Revolución de Octubre fue un error porque «si en España había una democracia no era legítimo que se preparara una subversión, y es un error frente a una República democrática preparar una revolución social, que desde el principio está condenada al fracaso». Para no alargar más este tema que está muy claro, menos para Moradiellos y el periodista, citar a Jordi Gracia que en su libro *La resistencia silenciosa*, dice que «Marañón, pero también Ortega y también Baroja, aceptarían que la guerra no empezó propiamente en Marruecos y en 1936 sino en la revolución de Asturias y en octubre de 1934».



## Ideas de bombero

### Manuel Parra Celaya

**E**n contra de lo que pueda suponerse, la expresión *tener ideas de bombero* no encierra en su origen el menor sentido peyorativo hacia estos esforzados y valientes profesionales, sino que hace referencia al ingenio al que antaño recurrían los bomberos para solucionar mil problemas que no eran precisamente sofocar incendios; lo dice, en Internet, el erudito Alfredo López, al que he recurrido después de constatar que ni el *Cuento de cuentos* de Néstor Luján ni otros libros de modismos de mi biblioteca contenían esta expresión, que, por otra parte, he oído y usado toda la vida. En la actualidad, no obstante, equivale a disparate o a patochada.

Me ha venido el timito a la cabeza a raíz de la noticia de que varios aspirantes a este cuerpo en Burgos fueron rechazados por fracasar solemnemente en una preceptiva prueba de ortografía. Por deformación profesional, tras cuarenta años de intentar enseñar nuestra Lengua española, se me ocurrieron algunos comentarios al respecto, pero, también, como ciudadano de a pie, ha ido viniendo a mi mente otros muchos, ya no relacionados con el hecho burgalés sino con el espectáculo de nuestra vida pública. De forma que he tirado de las riendas de la imaginación y he procurado ordenar mis pensamientos.

Con relación estricta a la noticia, nos fueron ofrecidos por los medios las opiniones de numerosas personas que, con mínimas y honrosas excepciones, se llevaban las manos a la cabeza, argumentando que saber escribir correctamente no constituía un requisito esencial para usar de la manguera. Al parecer, este criterio está extendido por ciertas Administraciones educativas, por la totalidad de esos *pedagogos de despacho* (esos que no han visto un niño de carne y hueso en su vida) y por determinados sectores *progres* de profesores y padres de alumnos; todos estos sectores siguen creyendo que la escuela solo tiene que desarrollar la *creatividad* personal, el aspecto emocional y las relaciones sociales de los alumnos, garantizándoles su felicidad por encima de los conocimientos, el esfuerzo y la superación. Y así nos va en lo tocante al fracaso escolar.

Atrás y pasada de moda queda la *Obra Bien Hecha* como consigna permanente del maestro Eugenio d'Ors; el menosprecio de aquello que exige aplicación de la Norma está generalizado en la sociedad española, y no solo en la Enseñanza. La caligrafía, la ortografía y el uso de la memoria resultan imposiciones *fachas*, totalmente ajenas al *buenismo* en las aulas; ya metidos en harina, diré que le siguen la infravaloración de la sintaxis, esa que nos permitía expresarnos correctamente de forma oral o escrita, y me temo que el descrédito de la comprensión lectora de textos, para no frustrar a nuestros estudiantes. Claro que hay que oír a los profesores universitarios cuando les llegan esos alumnos tan creativos y *felices*.

Pero, como les decía, las *ideas de bombero* ya no se pueden limitar al sentido original de talento natural o destrezas de que hacían gala en este cuerpo, supieran o no escribir correctamente, ni al abandono del cuidado ortográfico en nuestros colegios, sino que, por extensión, pueden aplicarse, en su sentido peyorativo posterior, al mundo de la política o de la judicatura o a cualquier ámbito de nuestra vida pública. Dejemos, pues, a los aspirantes a bombero de Burgos y al depauperado mundo de la Enseñanza con sus cuitas y reflexionemos sobre otros temas.



Bomberos voluntarios de Burgos

Pueden servir de ejemplo para estas *ideas de bombero* multitud de despropósitos que día a día van surgiendo de los Ayuntamientos regidos por los valedores de la *contracultura* y de la *deconstrucción* como musas habituales, de iniciativas de parlamentos autonómicos con reminiscencias nostálgicas de los cantonalismos de la I República, de increíbles sentencias de jueces con distintas varas de medición, de

políticos que hacen realidad aquel dicho de que *cuando hay un tonto en el poder es que sus electores están bien representados...* En fin, todo esto está en la mente de cualquier lector que se asome a la pantalla del televisor o lea un periódico; así, estos días hemos vuelto a leer la extravagancia recurrente de los socialistas acerca del Valle de los Caídos, en medio del rifirrafe interno que vienen viviendo los angelitos.

Pero quizás la principal *idea de bombero* que sigue ocupando los titulares sea el del separatismo en Cataluña (y no digo del *separatismo catalán* porque aquí somos legión los que no comulgamos

con ruedas de molino y, sin embargo, hasta tenemos un senador de origen hindú que farfulla acerca de la *república catalana*). Esa *idea de bombero* quiere imponerse a todo trance por encima de los ciudadanos, de las leyes, de la fiscalía (la fiscal jefe de Barcelona tuvo que ser protegida el otro día por los *Mossos d'Esquadra*), de la historia y del sentido común. No busquen otras correspondencias en el orden nacional ni internacional: el separatismo las supera a todas con creces.

Me pregunto si los máximos representantes del *soberanismo* (y no digamos el senador hindú) son capaces de escribir –en castellano o en catalán, qué más dará– sin faltas de ortografía.

## La nueva era

José María Carrascal (Periodista) (ABC)

La nueva era en la historia de la humanidad no empezó el 20 de enero de 2017 con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca (Trump no es un accidente de la democracia, como se ha dicho. Es un producto de la mala democracia, de la que hablaremos luego). La nueva era había empezado dos días antes, el 18, en Davos, un *resort* de archilujo suizo donde se reúne anualmente el Foro Económico Mundial, la *creme de la creme* de las finanzas y el capitalismo, teniendo esta vez como protagonista al actor menos esperado: el presidente chino. Ante aquella audiencia de plutócratas, Xi Jinping hizo el más encendido elogio de la globalización y el libre comercio. Ni europeos ni norteamericanas, temblando de miedo, se atrevieron a defender con tanta pasión los pilares del capitalismo clásico. Algo había cambiado. O mucho.

Claro que no era la primera vez que China marcaba un nuevo rumbo al mundo. Lo había hecho Deng Hsiao-ping cuando, tras el fracaso estrepitoso de la «Revolución Cultural» de Mao y su esposa inició la gran marcha hacia una economía orientada a la productividad y el desarrollo, que resumió a Felipe González en la famosa frase «gato negro o gato rojo, lo importante es que cace ratones», que Felipe aprendió, como tantas cosas, a la carrera. Puede que la entrada en la OTAN y el envío de Marx a las bibliotecas se deban a ello, pero lo que nos interesa es que, elegir la apertura económica y el rigor político en vez de lo contrario de la «perestroika» de Gorbachov, Deng ponía en marcha a su país hacia la gran potencia económica mundial que es hoy, con muchas posibilidades de ser la primera en un futuro no lejano. Al mismo tiempo que echaba la primera paletada sobre la máxima



Foro Economía Mundial de Davos 2017

leninista «comunismo es soviets más electricidad». Comunismo leninista, sabemos tras el desplome del muro berlinés, es soviets y miseria, es decir, un inmenso gulag.

Pero ha tenido que llegar el desplome del «comunismo blando», del eurocomunismo, del socialismo, de la socialdemocracia, de las «terceras vías», para que la gran mentira de la izquierda como adalid del progreso quedase al descubierto. La gran crisis de 2007 tuvo sin duda como protagonista el capitalismo, con sus excesos de egoísmo, rapiña y estafa. Pero el caldo de cultivo en el que germinó fue un timo mayor que el de la estampita. Del Estado del bienestar ideado por Keynes, que a través del presupuesto regula los flujos monetarios para activar o frenar la economía según convenga en cada momento, se pasó al Estado-beneficencia, garantizador del confort de sus ciudadanos de la cuna a la sepultura. Sin tener en cuenta la ley de hierro que impide gastar más de lo que se produce, so pena de ir a la bancarrota. Es como tuvimos décadas en las que el nivel de vida occidental crecía sin parar, mientras sus estados

estaban cada vez más entrampados. ¿Qué importaba si el dinero público, como dijo aquella ministra socialista, no es de nadie? Únanle que todos estaban en el pastel –la derecha por haberlo inventado, la izquierda por acabar de descubrirlo y apresurarse a sacar tajada– y tendremos la tormenta perfecta. Que llegó cuando Lehman Brothers, el mayor banco de inversiones del mundo, se vino abajo. Seguido de los demás, que habían montado esquemas piramidales, como las acciones preferentes, por no hablar del asalto a las instituciones más venerables, como las cajas de ahorro, sometidas al expolio de sus administradores: partidos políticos, sindicatos, organizaciones empresariales y todo el que podía meter mano. Hubo estados, como Grecia, que se fueron al garete; otros, como España han quedado empeñados por siglos, y hasta los más fuertes, como Alemania, quedaron seriamente tocados.

Como consecuencia, la democracia ya no es garantía de buen gobierno. Puede ser tan destructiva y corrupta como la dictadura, con el agravante de no limitarse a la *clique* (camarilla) en el poder, sino extendida a partidos y organizaciones afines, con lo que la corrupción se generaliza. Nada de extraño que los movimientos antisistema surgieran como hongos y tuvieran un éxito notable, tanto en la izquierda como en la derecha. Lo malo es que, cuando entran a formar parte del sistema muestran los mismos defectos que el sistema mismo: nepotismo, codicia, cerrazón. Con lo que seguimos donde estábamos. Dicen los teóricos de la democracia que sus males se corrigen «con más democracia». Sí, pero también puede ser peor, al darnos gato por liebre y condenarnos a un ininterrumpido deterioro de la misma, como vemos en tantos países hispanos, africanos, asiáticos e incluso europeos, que se están yendo por la cañería.

A estas alturas de la historia, podemos decir, primero, que la democracia en sí no garantiza el buen gobierno. Su parafernalia, constitución, cámaras, partidos, elecciones, etc. de poco sirven si no cumple una serie de condiciones, empezando por la rigurosa separación de poderes y terminando por la igualdad de derechos y deberes de sus ciudadanos. Luego, que se medirá por su eficacia más que por sus postulados. De poco valen unos ideales si no se plasman en la realidad. Y esa realidad es la vara de medir de regímenes y gobiernos. Es hora más que sobrada de decir una verdad que todos los metidos en el ajo ocultan: del mismo modo que hay democracias degradantes, hay autoritarismos benignos, siempre que se limiten a un tiempo determinado (de emergencia) y respeten los derechos fundamentales de sus súbditos. Lo fundamental es que su nivel de vida crezca, que su salud mejore, que su enseñanza sea de calidad, que no tengan que emigrar, que la justicia sea igual para todos. Lo demás vendrá por añadidura, pues un súbdito, una vez cubiertas sus necesidades más elementales, exigirá sus derechos. Y los obtendrá si su país logra el desarrollo necesario para la plena ciudadanía. Algo que no le garantiza una democracia espuria. Esa es la gran lección de la crisis: Trump, y Le Pen, Wilders, Tsipras o Iglesias, no son accidentes de las democracias de sus países. Son consecuencias de la mala calidad de las mismas, al haberse convertido en partitocracias, escaleras políticas para alcanzar privilegios y sinecuras neofeudales. Lo que está matando a la democracia liberal es la obsesión de la izquierda con la igualdad, cuando todos somos distintos, o sea, un imposible como no queramos igualar por lo bajo, olvidando que el gran motor del progreso son la libertad individual y la creatividad humana. Lo más lejos que podemos ir en este terreno es a la igualdad de oportunidades. La democracia del siglo XXI es la que caza ratones, no la que produce déficits y parados. La que premia el esfuerzo, la inventiva, el mérito, no la holganza, el compadreo, la artimaña. Una democracia en la que cada cual sea hijo de sus obras, no de sus ideas. Una democracia que la izquierda dogmática, adanista y retrógrada, odia.



Convocatoria de las huestes de Pablo Iglesias

¿Lo hemos aprendido? Lo dudo.

## Experimentos criminales

Hermann Tertsch (ABC)

**F**elipe González y José María Aznar son dos expresidentes del gobierno español cuyas biografías han estado en violenta colisión durante muchos años. Que se han dicho cosas irreparables en la relación humana. Y que no se aprecian nada. Pero ayer hicieron una rarísima aparición pública juntos que les honra más por lo mucho, como todos saben, que a ambos les cuesta. Comparecieron ante los medios para hacer una dura denuncia coincidente con el tercer aniversario del encarcelamiento del dirigente opositor venezolano Leopoldo López. Pero no se trata solo de denunciar una condena grotesca a 14 años por unos crímenes que cometió la propia dictadura. Y recordar a los más de cien presos políticos que sobreviven a las torturas y al aislamiento en sótanos y mazmorras de la policía política. El régimen chavista ha destruido Venezuela. Y la está matando. Son 30.000 los asesinatos el año pasado. En España no llegan a



*Actuación contundente de la Policía del Pueblo del régimen chavista, programada, suponemos, en los estudios realizados por Iglesias y Monedero*

400. Los efectos letales y devastadores del experimento social iniciado en 1999 por Hugo Chávez son comparables a los de una larga y cruenta guerra en la que la población está en primera línea de fuego, mientras el enemigo gobernante saquea, trafica y roba.

La tragedia de Venezuela no es una catástrofe natural. El hambre de los niños que se pelean por comer restos de basura, los viejos y enfermos que mueren por falta de medicamentos, los cadáveres baleados hacinados en las morgues tienen un origen y culpables. El causante es el experimento social llamado «socialismo del siglo XXI» auspiciado por los Castro y liderado por Chávez. Gracias al inmenso caudal de dinero del crudo venezolano, triunfante a principios del milenio

como nueva versión del proyecto comunista quebrado en Europa y Rusia en 1989. Hoy sus puntales son La Habana, Caracas y las FARC colombianas. Una Colombia de las FARC es necesaria. Venezuela colapsa y el petróleo ya no es la materia prima que nutre el proyecto. Ahora es la cocaína. El proyecto criminal se enfrenta también a Donald Trump que parece dispuesto a combatirlo como no hizo su antecesor. Hace aguas, pero su daño ha sido infinito. El experimento chavista ha sido tan criminal como el más cruel experimento médico con seres humanos. Y nos atañe especialmente porque tiene además culpables españoles. Son el grupo de comunistas que fue a ayudar a Chávez a convertir su administración en un aparato de poder comunista y a cambio recibió dinero para una franquicia del experimento en España. Con un aliado de Chávez muy hostil a Occidente que es Irán. El proyecto común de Irán y Venezuela en España ha tenido éxito: 67 diputados a la primera. Pero no el éxito total con que soñaba su jefe para después de las elecciones de junio del 2016. Creía que iba a gobernar. No lo harán de momento. Al menos mientras no colapse la ficción de estabilidad que genera la parálisis política bajo Mariano Rajoy. Pero lo cierto es que, protegida y mimada por el gobierno del PP que la usa para dividir a la oposición y amedrentar a los españoles, la franquicia comunista tienen cinco millones de votos de españoles a los que no molesta su vínculo con la tortura, la detención de opositores y el experimento social que llevó a la catástrofe de hambre y muerte. Aznar y González llamaron ayer a la liberación de los presos y de toda Venezuela de las garras de aquel proyecto ideológico criminal y fallido. Pero implícitamente también denunciaban la miseria

moral que supone el apoyo político a quienes, si pudieran, condenarían a sus enemigos a la suerte de Leopoldo López o a la de los cadáveres anónimos en la morgue de Caracas.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es).

## ¿Pervive, todavía, una mentalidad «de derechas»?

Fernando José Vaquero Oroquieta

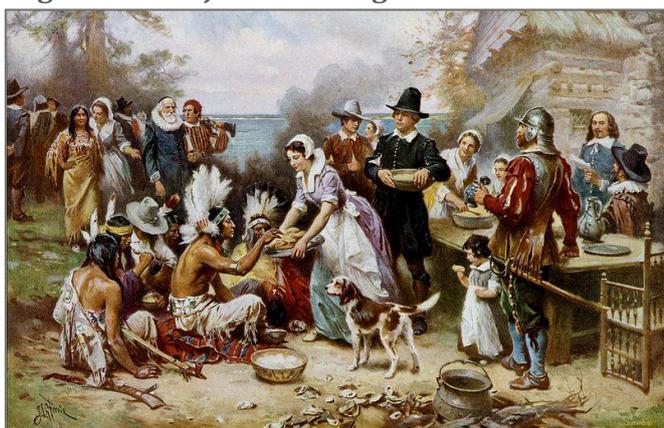
**E**n nuestros últimos dos artículos, nos hacíamos eco de algunas cualificadas tesis que aseguran que la derecha política española habría desaparecido. De este modo, a decir del historiador Stanley Payne, habiéndose impuesto en España el pensamiento radical-progresista en prácticamente todos los ámbitos de la convivencia familiar, social y de la vida pública, únicamente perviviría una «no izquierda».

En segundo lugar, recordando otras de las tesis de Gonzalo Fernández de la Mora y de Rodrigo Agulló, sosteníamos que el hecho de que la derecha política española hubiera desaparecido se debía tanto a factores externos como internos; es decir, habría sido desmantelada adrede.

En ambos artículos afirmábamos, no obstante, que en determinados ámbitos sociales, ya a nivel colectivo, ya a título individual, todavía era posible encontrar sujetos con una mentalidad «de derechas».

Stanley Payne concretaba los valores ideológicos de la derecha histórica española en los siguientes conceptos: la religión, el nacionalismo y el autoritarismo; un juicio ajustado al menos para la de los años 30, 40 y 50 del pasado siglo, pero no para la de las décadas subsiguientes. De hecho, en la actualidad, salvo para algunos grupúsculos –término empleado no en sentido peyorativo sino como constatación sociológica– de ideas tradicionalistas o franquistas, tales valores han dejado de cumplir función alguna en la cosmovisión y la vida cotidiana de la mayor parte de la sociedad española; también entre aquellos sectores herederos –biológica o socialmente– de aquellas primigenias derechas. Veamos, a continuación, una perla ilustrativa de tamaña transmutación.

Según el trabajo de investigación de Pew Global intitulado *What It Takes to Truly Be 'One of Us'*



La religión actúa de forma decisiva en la sociedad

(«Qué es necesario tener para ser verdaderamente “uno de los nuestros”») apenas un 9% de los españoles considera que la tradición religiosa de un país sea indispensable para la definición de su identidad nacional. Por el contrario, en Grecia tal convicción supera el 50%, en EEUU, el 32%, en Italia el 30% y en Reino Unido el 18%. Suecia y Holanda nos acompañarían en unos niveles igualmente bajos. Este trabajo concluye que, en general, la lengua y el hecho de haber nacido en el país en cuestión son los elementos que los ciudadanos consideran como más importantes a la hora de definir a alguien como «de aquí» o «de fuera»; unos

factores que podríamos calificar como un tanto light y muy alejados del coherente corpus ideológico de las derechas históricas españolas. Este retazo demoscópico apuntaría, por una parte, a que España sería una de las naciones que se ha descristianizado más rápidamente y, por otra, a que el nacionalismo español (dígase también patriotismo, aunque evitaremos en esta

ocasión polémicas sobre la no correspondencia de ambos conceptos que nos llevarían a un sinfín de matizaciones escasamente operativas) que en su día pudo caracterizar a las derechas, se ha diluido socialmente. En cualquier caso, el denominado nacional-catolicismo se habría extinguido, sociológicamente entendido.

Por otra parte, tal ratio no deja de ser indicador de una percepción social coloquial de que en España no es posible ser patriota y que de producirse alguna expresión pública en este sentido, rápidamente se es descalificado como franquista, reaccionario, casposo, etc.; cuando no atacado físicamente. A no pocos y muy recientes hechos me remito.

Entonces, ¿cómo definir esa «no izquierda» que, según afirma Payne, pervive aún en España? A su juicio, recordémoslo, sería «una entidad amorfa, democrática, práctica y tolerante, que no acepta los mitos de izquierda». En principio no parece ser un enunciado excesivamente clarificador; siendo muy distante de los tres principios que él mismo especificara como propios de las derechas de los años 30. Más que una definición dogmática, se nos antoja una intuición de carácter «transversal».

Ciertamente, «mitos de izquierda» hay muchos: prácticamente todos los que integran lo «políticamente correcto», nutridos desde el posmarxismo, la ideología de género, el animalismo,



*Los mitos de la izquierda convencen a un elevado número de seguidores no pensantes*

el multiculturalismo, el mundialismo y la globalización; es decir, el omnipresente y totalitario «pensamiento único». De modo que si existen –todavía– sujetos y sectores no asimilados a esta ideología totalitaria de rasgos aparentemente suaves, a pesar de todas las técnicas de ingeniería social empleadas desde hace décadas, tal desafección debe ser tenida muy en cuenta; no en vano es el único entorno social del que pudiera surgir una protesta y, ulteriormente, una propuesta alternativa al actual estado de cosas. Una posibilidad que –ya anticipamos– en España vislumbramos como

muy remota.

De hecho sí que existen desajustes sociológicos difíciles de explicar, a pesar del machacón discurso imperante, si bien no han sido capitalizados políticamente. Es el caso, por ejemplo, de la percepción social de la pena de muerte. Todos los partidos políticos con representación parlamentaria rechazan tal posibilidad. Tampoco se escucha voz alguna, en ningún foro público relevante, que reclame tal solución punitiva, por valorarse inaceptable desde cualquier perspectiva y a extirpar; salvo ocasionalmente como muestras de dolor en el entorno de brutales crímenes de resonancia mediática. No estamos justificando, ni explicando, tal posicionamiento: nos limitamos a recordar un dato sociológico público.

Con todo, pervive entre los ciudadanos españoles una cierta adhesión a tan expeditiva medida. En 2008 un tercio de los jóvenes españoles la apoyaban. Cuatro años después, conforme un estudio de Simple Lógica Investigación de febrero, un 20,6% de encuestados era partidario de la pena de muerte para casos especialmente graves.

Desgranémoslo un poco. Tal porcentaje era superior entre los hombres (un 23,2%) que entre las mujeres (bajando al 18,0%). Era más alto entre los más jóvenes con respecto a los de mayor edad; de modo que en los consultados con edades situadas entre los 16 y 24 años representaba un 27,5%, mientras que en mayores de 65 años ese porcentaje se reducía al 13,2%. Por otra parte, sus partidarios se reducían conforme se elevaba su nivel de estudios o estatus social, situándose en un 13,2% y un 17,2%, respectivamente, entre los sujetos con estudios universitarios y de clase social alta o media alta, mientras que ascendía al 23,9% entre los titulares de estudios primarios o con nivel inferior, y al 22,1% entre los de clase media-baja o

baja. Por último, las diferencias eran manifiestas entre los votantes del PSOE y del PP, pues mientras que entre los socialistas representaban un 16,3%, los partidarios de la pena de muerte, entre los populares, sumaban un 23,0%; tampoco era una diferencia insalvable. Volviendo al segmento joven, en 2014 el porcentaje de partidarios de la pena de muertes se habría elevado al 56%.

Pese a tantas campañas sensibilizadoras, siempre en contra, de ONG's en medios de comunicación, ámbitos locales y diversos entornos multiculturales; de los temarios de educación para la ciudadanía, en la misma línea, para colegios y universidades; de no pocas películas unánimes –en sentido contrario– y celebrado éxito internacional... ¿cómo explicarlo?

Un último apunte al respecto. A lo largo de estos días se ha difundido, en algunas cadenas radiofónicas españolas, que en Gran Bretaña se había detectado un mayor porcentaje de partidarios del Brexit entre los favorables a la pena de muerte que en el resto de la ciudadanía. Un dato, ciertamente, no poco malicioso...

Esas referencias anteriores indican –en su conjunto– que los estudios demoscópicos encierran, en ocasiones, paradojas de muy compleja explicación y que las etiquetas apriorísticas no explican ni determinan todos los comportamientos y sistemas de creencias personales; además de que en otros países –al menos en los de tradición cultural anglosajona– estos indicadores no se excluyen, en un intento de integrarlos en los movimientos de la opinión pública.

Volviendo al esquema derecha/izquierda, el mencionado Rodrigo Agulló, por su parte, no niega la existencia de ciudadanos situados a la derecha del espectro ideológico, si bien suaviza muchos



de sus rasgos, conforme la concepción primera de Payne, caracterizándolos como: «una persona “de orden” a la que no gustan las “cosas raras”, trasunto secularizado de lo que antes venía en llamarse “pueblo de Dios”. Con una actitud básicamente reactiva a los asaltos de la izquierda, la derecha pierde inevitablemente la batalla de la imagen. Extraviada en un mundo de ligereza y banalidad, la derecha comunica severidad y rigidez. Cuando trata de adaptarse a los modos de la izquierda, “suena falso” y diluye su identidad». Coincide con Payne, no obstante, en que las derechas españolas se han desdibujado

culturalmente, a la par de haber perdido suelo político. Traigamos a colación, aquí, cómo los diversos estudios demoscópicos en los que los consultados deben situarse ideológicamente en una escala de 10 a 0 (por ejemplo los de Metroscopia) de derecha a izquierda, el centro izquierda y las diversas izquierdas constituyen mayoría absoluta; quedando relegados los situados a la derecha en un pequeño porcentaje tendencialmente decreciente. Pero, dado el momento histórico, la ausencia generalizada de un sentido crítico y la presión social, ¿no existirá, también, una «cifra negra» aplicable a la propia autopercepción de los consultados? Además, ¿conciben tal dilema como una cuestión relevante y significativa?

Volviendo a los derechistas «residuales» y dando un paso más, éstos, nos preguntamos, ¿se sienten representados políticamente? Veamos una opinión interesante. Es el caso del editorial de 3 de marzo de 2016 del digital *Gaceta.es*, que finalizaba con la siguiente afirmación: «Los discursos de investidura en las Cortes han sido muy elocuentes. La deriva de la política española ha arrojado a los márgenes de la vida pública a millones de españoles. Son los nuevos huérfanos del sistema. Antes se los llamaba “derecha”. Ahora ya son otra cosa. Y tarde o temprano buscarán un nombre». Se refiere, evidentemente, al discurso del Partido Popular. Coincidimos con este juicio que cuestiona la virtualidad de tan histórica dualidad: existió una derecha de la que perviven sus huérfanos; más “otros” sujetos arrojados por el propio sistema a sus márgenes.

Nacionalismo y/o patriotismo, una concepción trascendente de la vida, familia «a secas», defensa de la vida en su inicio y término, esfuerzo, sacrificio, masculinidad, espíritu de milicia, anti-estatismo..., unos valores que aparentemente ya no dicen nada, o muy poco, a la inmensa mayoría de españoles; tampoco a muchos de los definidos genéricamente como «derechistas». Pero, pese a su existencia residual, decíamos, concurre otro fenómeno: la «producción» de nuevos «huérfanos» del sistema. Nos referimos a un tipo antaño atípico: el del agnóstico o ateo que tras deambular una parte de su existencia por el mundo de hoy «viviendo la vida», se ha desengañado de los mitos impuestos y ya no cree en los contravalores promulgados desde la izquierda biempensante. Unos sujetos que están redescubriendo el valor de la autoridad en determinados ámbitos profesionales, que han chocado frontalmente con los dictados ultrafeministas al ser privados de cualquier rol relevante en el seno de la pareja y por su extensión de la familia misma, que se han contrastado desde el esfuerzo frente a las políticas igualitarias que favorecen el parasitismo y la subvención clientelista (de ahí el atractivo del liberalismo economicista entre antiguos izquierdistas y del florecimiento de grupos de esta ideología)... que se sorprenden cuando, viajando por el extranjero, descubren que el patriotismo sea un valor vivo que cohesiona comunidades allende nuestras fronteras.

La mentalidad derechista «clásica», al menos la del siglo pasado, cuando no ha desaparecido por completo, se ha diluido y, como poco, se ha transmutado en otra cosa parcialmente coincidente; un tanto indefinida y tendencialmente reactiva. Se trata, pues, de una categoría cambiante y progresivamente carente de significado real.

Constatamos, en cierta medida, que hoy confluyen diversos contingentes humanos –desde



*Retrato de una sociedad multicultural, Méjico, 1765*

experiencias y tradiciones educativas muy distintas– en lo que Payne antes definía como «una entidad amorfa, democrática, práctica y tolerante, que no acepta los mitos de izquierda». Y que Agulló calificaba como «una persona “de orden” a la que no gustan las “cosas raras”». A esta mixtura humana no le une su adscripción derechista, pero sí su rechazo a lo políticamente correcto, por lo que se impone la búsqueda de unos nuevos paradigmas explicativos. Por ello, la división histórica entre derechas e izquierdas también ha perdido vigencia y capacidad operativa.

Lo anterior es evidente en ciertos espacios europeos en los que masas de antiguos votantes a los partidos comunistas, y a otras izquierdas, han abandonado su antigua adscripción, adhiriéndose a movimientos nacional-populistas; revelándose con ello como más omnicomprendidos otros paradigmas interpretativos. Es el caso de «identidad versus multiculturalismo»; pero también el de «justicia social versus neoliberalismo». No obstante, debemos precisar que en ello concurren ciertas circunstancias sociales que fraccionan la convivencia colectiva a causa de una inmigración no integrada que, poco a poco, está derivando en la «libanización» de un número creciente de barrios de las periferias de cientos de las más populosas ciudades del continente. Un fenómeno que en España –si bien existen barrios y pueblos en los que este cambio empieza a ser visualmente innegable– es menos acusado al ser muy alta la inmigración de habla hispana y la procedente del este europeo; acaso más afines que otra de identidad religiosa más acusada.

Hemos tocado, hoy, dos cuestiones asociados entre sí que no podemos dejar de tratar: vigencia de la polaridad derecha/izquierda e irrupción de los populismos; temas a los que dedicaremos nuestras próximas entregas.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

**ES23.0019.0050.0140.1010.8382**

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.